



The Forgotten Man: A New History of the Great Depression (HarperCollins, 2007), de Amity Shlaes, es un intento riguroso, aunque incómodo para muchos, por devolverle espesor moral a un momento que suele tratarse como mero fenómeno económico. En un tiempo marcado por la confianza casi religiosa en las soluciones técnicas, la autora, economista de formación e historiadora de vocación, se atreve a sugerir que el desplome del 29 no solo arrastró bancos y empleos, sino también certezas sobre el lugar del poder en una sociedad libre. Y que el remedio aplicado desde Washington, el New Deal, podría haber agravado aquello mismo que pretendía curar: la descomposición del orden cívico.

El título del libro recupera una figura olvidada en más de un sentido. El «hombre olvidado» era, para William Graham Sumner, el ciudadano común, el contribuyente silencioso que soporta el peso de las políticas ideadas por élites morales sin que nadie le consulte o represente. Roosevelt retoma el término para hablar del desempleado, el excluido. Shlaes devuelve la atención al primero: al que no pide nada, pero termina pagando por todos. Esta relectura, casi un contragolpe semántico, anticipa el tono general del libro, que no es nostálgico ni reactivo, sino deliberadamente contraintuitivo.

La estructura del libro combina narración histórica, perfiles biográficos y análisis económico, en un registro que rehúye tanto el academicismo opaco como la demagogia panfletaria. A través de capítulos que siguen las trayectorias de figuras centrales (Roosevelt, Hoover, Tugwell, Ickes, Willkie), así como de empresarios anónimos y ciudadanos comunes, Shlaes articula un relato en el que las buenas intenciones del Estado derivan con frecuencia en coerción, clientelismo o arbitrariedad. No se trata aquí de un alegato antiestatal en clave doctrinaria, sino de una constatación empírica: allí donde se destruyen los márgenes de autonomía, también se diluyen las virtudes que una comunidad necesita para sobrevivir como tal.

Lo más notable del libro no es, sin embargo, la denuncia de los errores económicos del New Deal (que Shlaes documenta con cuidado), sino su esfuerzo

por recuperar una lectura moral de los procesos económicos. Las decisiones políticas que se analizan no son juzgadas sólo por sus efectos agregados, sino por el tipo de relación que instauran entre gobernantes y gobernados. Lo que está en juego no es solo la tasa de empleo, sino la dignidad del ciudadano libre frente al Estado planificador. En ese sentido, el libro interpela más allá de los Estados Unidos: habla también a las repúblicas fatigadas del presente, donde el contrato social se ha vuelto un trámite y la deliberación política un decorado.

No obstante, el texto no está exento de problemas. Su lectura del New Deal tiende por momentos a la simplificación, presentando un bloque homogéneo donde en realidad hubo tensiones, contradicciones y aprendizajes. Las críticas al intervencionismo son válidas, pero por momentos se extraña un tratamiento más matizado de las causas inmediatas de la crisis: la fragilidad institucional del sistema bancario, los errores de política monetaria y ciertos factores internacionales que escapaban al control del ciudadano común. También habría sido valioso considerar con mayor detenimiento las respuestas locales que, fuera del radar federal, ensayaron formas de resiliencia y organización espontánea. El gesto interpretativo de Shlaes, si bien potente, puede resultar a veces excesivamente reactivo, como si cada acción estatal implicara por definición una amenaza latente a la libertad. Esto debilita su argumento precisamente donde más necesita matices: en la distinción entre prudencia y abandono, entre subsidiariedad y omisión.

Pese a estas limitaciones, el libro consigue formular una pregunta que rara vez se plantea con esta claridad: ¿puede una sociedad libre sostenerse cuando el poder se concentra sin resistencia en nombre del bienestar? ¿Qué se pierde cuando el lenguaje de los derechos desplaza al de los deberes, y cuando la obediencia reemplaza a la responsabilidad? La crítica de Shlaes se vuelve más actual cuanto más se aleja del detalle histórico: su advertencia es contra toda tentación de redención política por vía administrativa. Y en ese sentido, su lectura de la Depresión ofrece una lección que va más allá de la economía: no hay técnica que sustituya el juicio, ni planificación que reemplace la confianza.

Leído desde América Latina, donde las crisis económicas suelen dar paso a regímenes paternalistas con pretensiones redentoras, el libro adquiere una resonancia particular. Porque lo que Shlaes narra no es solo el fracaso de ciertas políticas, sino la erosión de un tipo de ciudadanía: la que vive de su trabajo, honra sus vínculos y actúa con responsabilidad incluso cuando nadie lo ve. Esa figura, casi siempre silenciosa, a menudo burlada, es la que da sentido a toda comunidad política que aún quiera llamarse libre. Y es también la más frágil cuando la política se convierte en espectáculo o ingeniería social.

Comparado con textos como *Freedom from Fear* de David M. Kennedy, más favorable al New Deal y sus legados institucionales, *The Forgotten Man* propone una lectura más exigente, menos dispuesta a absolver al poder por sus intenciones. Su tono no es cínico ni celebratorio, sino ético en el sentido más fuerte del término: no se pregunta tanto qué funcionó, sino qué era justo. Y ese es, quizás, su mayor aporte.

El libro de Shlaes es incómodo para quienes buscan en la historia una confirmación de sus deseos. Pero es valioso precisamente por eso: porque recuerda que ninguna estructura técnica puede reemplazar la conciencia moral de los ciudadanos, y que la libertad no se construye desde arriba, sino desde la vida concreta de quienes se atreven a sostenerla incluso cuando no conviene. Esa lección, tan sencilla como olvidada, hace que este libro, a pesar de sus límites, merezca un lugar entre las obras que invitan a pensar el poder con humildad y el pasado con responsabilidad.

Juan Pablo Chamon Saucedo²

LIBERA Bolivia

juanurzuam@gmail.com

² El autor agradece profundamente el apoyo recibido a través de la Beca Nueva Cultura de la Universidad de los Andes (Chile) y del Nicola Center for Ethics and Culture de la Universidad de Notre Dame (Estados Unidos).



Este texto está protegido por una licencia [Creative Commons 4.0](#).

Usted es libre para compartir —copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato— y adaptar el documento —remezclar, transformar y crear a partir del material— para cualquier propósito, incluso para fines comerciales, siempre que cumpla la condición de:

Atribución: Usted debe dar crédito a la obra original de manera adecuada, proporcionar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que tiene el apoyo del licenciante o lo recibe por el uso que hace de la obra.

[Resumen de licencia](#) - [Texto completo de la licencia](#)

Declaración de conflicto de intereses

El autor de este artículo declara que no tiene vínculos con actividades o relaciones que pudieran haber influido su juicio de forma inapropiada, como relaciones financieras, lazos familiares, relaciones personales o rivalidad académica.

Financiamiento

El autor no recibió financiamiento para escribir este artículo.